

que yo no creo es que se pueda decir jamás de mí el poeta Gandaria, como se dice el poeta Zorrilla, el poeta Campoamor ó el poeta Núñez de Arce.

—Y ¿porqué no?—preguntó Pío Cid.—¿Es usted de peor naturaleza que esos que acaba de nombrar? Malo es el desmedido amor propio; malísimo es el apocamiento ante las obras de valer. No exagere usted la admiración ni siga usted el ejemplo de nuestra juventud, que parece nacida para manejar el incensario. Vea usted que, no obstante los numerosos genios que tenemos en casa, el papel intelectual de nuestra nación en el mundo no es muy brillante que digamos; y fijese en que no hay razón ninguna para que España no sea tan grande como las demás naciones, y en que si ha de igualarlas, y si es posible superarlas, han de trabajar por ella sus hijos, que hombres son de carne y hueso como los hijos de las demás.

—Eso sí—dijo Gandaria;—yo soy patriota como el primero, y si confiara hacer grandes cosas las haría, aunque sólo fuese por orgullo patriótico, aunque no saliera ganando nada.

—Pues inténtelas sin temor, sin descorazonarse por la endebles de sus fuerzas—dijo Pío Cid.—Siga el ejemplo de los pequeños mirmidones, que para ser grandes bailaban sobre la tumba de Aquiles. Baile usted encima de todas nuestras glorias nacionales.

—¡No es mala la idea!—exclamó Gandaria, alegrándose como una criatura.

—Para que acabe usted de convencerse—agregó Pío Cid—le diré que eso de las aptitudes y facultades para la poesía es un achaquecillo que se usa mucho y vale muy poco. Poetas lo son todos los hombres capaces de ver las cosas con amor. Y ¿quién no ve algo con amor? Hay versificadores, músicos y pintores de oficio, y ejecutantes rutinarios de todas las obras humanas. Nada de esto tiene que ver con la poesía, que es creación; un poeta es un creador que se sirve de todos los medios humanos de expresión, entre los que la acción ocupa quizás más alto lugar que las formas artísticas más conocidas: las palabras, los sonidos, los colores. Hoy he visitado yo en el hospital á una muchacha que es una poetisa de cuerpo entero, sin haber salido nunca de criada de servicio. Cualquiera otra criada que no fuese Purilla, hubiera entrado en el hospital con miedo y con asco, y hubiera contado las horas y momentos que tenía que pasar hasta que le dieran el alta. Purilla fué por su gusto, por no causar perjuicios á su ama, y en vez de mirar lo que el vulgo mira, supo mirar y ver lo espiritual que allí flotaba, y concibió á seguida la idea de ser Hermana de la Caridad. Para que una criatura tan infeliz como Purilla tenga este arranque ha debido imaginar algo muy bello, que á falta de expresión artística sale á luz en un acto de la voluntad generosa. Y este acto es una creación poética, muy superior á lo

que usted y yo hemos hecho hasta ahora.

—Y ¿cómo explica usted—preguntó Gandaria—el proceder de esa pobre chica?

—Lo explico por el amor—contestó Pío Cid.—Por lo que se explican todas las creaciones poéticas. Mucho me duele tocar á los sentimientos del prójimo, pero no creo que haya ninguna grave ofensa en decir reservadamente que Purilla estuvo enamorada de un hombre que no podía corresponderle; y que este amor desventurado, que á otra mujer quizás la lanzara á cometer cualquier disparate, á ella le dió ánimo para ennoblecerse. Aprendió á leer y á escribir y mil pormenores instructivos; se afinó como una señorita, y cuando la enfermedad la llevó á un lecho del hospital, en lugar de asustarse, vió el cielo abierto. Cuando yo me acerqué á su cama—añadió Pío Cid con emoción,—le conocí la idea en el rostro. No puede usted imaginarse lo que se alegró de verme y de poder explicarme el pensamiento que había tenido. «Pero, muchacha, le dije yo, eso no es tan fácil de hacer como de pensar. ¿Vas á dejar á tu ama? Y luego, hay que saber si tú sirves para el caso.—A mí la que me tiraba era la Paquilla, me contestó ella, y como se ha muerto, ¿para qué voy á volver á la casa á bregar con los huéspedes? Aquí ó donde me manden estaré mejor.» Entonces me dijo la Hermana que me había acompañado, que estaban todas admiradas de la vocación de Purilla y de su

educación, que no era la de una criada. La Superiora, con quien hablé, se mostró asimismo muy encariñada con ella. En suma, nuestra poetisa será Hermana de la Caridad, y el amor que pudo tenerle á un solo hombre se lo tendrá á todos los hombres, en particular á los más desventurados.

—Aunque no me gusta ser indiscreto—dijo Gandaria,—me parece que usted ha desempeñado algún papel en la historia de Purilla, porque, si no, no se comprende el interés que se toma por ella.

—Si lo dice usted por la pobre condición de la muchacha—replió Pío Cid,—tenga entendido que para mí una criada vale tanto como la emperatriz más cogotuda de Europa. Purilla asistió á mi hermana en su última enfermedad, y por mi hermana supe yo lo del enamoramiento, y no porque Purilla lo dijera, sino porque los moribundos ven lo que no vemos los que disfrutamos de buena salud. Y si yo le he descubierto á usted un secreto de la vida íntima y siempre respetable de una mujer, ha sido para animarle, poniéndole delante de los ojos un ejemplo de lo que pueden los sufrimientos amorosos. Para un espíritu vulgar no son nada las desilusiones, los desengaños, los celos; porque la vulgaridad tiene buena carnadura, y sana de todas las heridas que recibe. Pero los espíritus delicados no sanan tan fácilmente, y una herida en el corazón, menos; en el amor propio, se les encona, y si cura,

les deja una huella indeleble. Y cuantas veces se pone el dedo en la herida, creación tenemos segura. Así es el hombre, todos los hombres, y usted como los demás.

—Vamos, Vd. cree—dijo Gandaria con forzada sonrisa—que yo soy el cazador herido de mis versos, y que alguna coquetuela me ha disparado un dardo venenoso.

—Y tan seguro como estoy, aunque usted sería—afirmó Pío Cid.—En la herida esa confío más que en nada para que sea usted un gran poeta.

—Dispéñeme usted si le digo—insistió Gandaria—que no comprendo la relación que pueda haber entre mis afectos y esas poesías que escribo por pasar el rato.

—No hay relación—dijo Pío Cid,—sino que son una misma cosa. Usted se enamora de una mujer y la ve con ojos de amor, y la ve distinta de como la ve todo el mundo. El mundo, es decir, la gente indiferente, ve la apariencia, y usted ve la apariencia y el misterio que debajo de ella se encubre. ¿Quién ve mejor? Se dice que el enamorado no ve, porque la pasión le ciega; yo afirmo que los indiferentes son los que no ven, porque les ciega la indiferencia. Si éstos son los que ven, entonces hay que decir que el enamorado no sólo ve, sino que crea, espiritualizando la realidad, y dando á la realidad lo que ésta no tiene. Así, pues, todo hombre capaz de amar es un creador, un poeta, cuya visión es tan grande como el ob-

jeto de sus amores. Para la mayor parte de los hombres, la visión se reduce á un individuo ó á un pequeño grupo. Amo á una mujer, la mujer me ama, constituímos una familia, nos quedamos con nuestro amor de puertas adentro, y santas pascuas. La creación no pasa del primer grado, y encarna en el bello y robusto infante, que los papás acogen con júbilo. Pero si nuestro amor no halla tan expedito el camino, nuestro espíritu aprovecha la coyuntura para arrancarnos del afecto carnal, y comienza otra creación más espiritual, más amplia, como que no tiene límites, y puede abarcar toda la humanidad y el universo entero. No le quepa á usted duda, amigo Gandaria, de esta filiación de nuestras obras espirituales. Vea usted varios artistas, pintores ó escultores, que pintan ó esculpen un mismo modelo; muchos lo copian, lo imitan con mayor ó menor perfección; uno lo crea, y crea una obra de arte. ¿Porqué? Porque los unos son los indiferentes, que ven las cosas como son, y el otro es el amante que descubre el ser espiritual, íntimo, del modelo artísticamente amado. Y como hay quien ama poco y quien ama mucho, hay pequeños y grandes artistas; y en el origen del arte humano, en la formación del alma creadora del hombre, hay eternamente una revulsión del amor natural, sin la que este amor no se remontaría á la contemplación pura de los seres. Un carácter débil no soporta las penas de amor, y

cae en el odio, en la venganza y en mil bajas pasiones, y desea la destrucción y aniquilamiento de cuanto existe; un carácter enérgico reacciona y pasa fácilmente del odio momentáneo, engendrado por el despecho amoroso, á un amor más noble que el que primeramente tuvo. Este amor será menos vivo, pero es más hondo y más creador; y, ajustadas bien las cuentas, si bueno es el uno, mejor es el otro. Ya le decía yo á usted que el poeta errante de su serenata estaba á dos pasos de ser ridículo, como lo son los enamorados á quienes se da con la puerta en las narices; pero que también estaba muy cerca de ser sublime, como lo son los enamorados que saben volar por las alturas celestes y reirse desde allá de la amada desagradecida y del afortunado rival, si le hubiere. Conque ánimo, cazador sin ventura; cúrese usted la herida que lleva por dentro, y recoja con amor la sangre que de ella gotee, que esa sangre es néctar poético, digno de que lo saboreen los mismos dioses del Olimpo.

—No se burle usted, amigo Cid—dijo Gandaria, exasperado ante la insistencia cruel con que Pío Cid le ponía el dedo en la llaga.—Si fuéramos á cuentas, quizás esté usted más herido que yo; porque yo no he hecho hasta ahora nada de particular; pero usted ha creado mucho más que yo, y, según su teoría, debe haber sufrido grandes contrariedades amorosas. Y, aun ahora mismo, ¿quién

sabe si por medio habrá alguna pasioncilla contrariada?..... Algo podría yo decir....., pues aunque no soy ningún gran observador, no soy ciego del todo.....

—Eso lo dice usted por tomar el desquite—interrumpió Pío Cid,—porque quizás cree usted que yo le he llamado cazador con ánimo de burlarme del grave accidente que le ocurrió en su excursión al bosque de los cuervos.

—No es esa mi idea—replicó Gandaria,—es más bien curiosidad que he sentido por saber si en efecto todos los poetas comienzan por ser amantes desdenados.....

—Pero aunque yo fuera un verdadero poeta—replicó Pío Cid,—habría que retroceder muchos años para investigar mis comienzos.

—También se refrescan las heridas—insistió Gandaria,—y así como apostaría algo á que su juventud ha sido borrascosa, estoy por pensar que ahora mismo está usted corriendo un temporal muy duro. Usted arde más ligero que la estopa cuando le sopla el diablo del amor, y sin salir de esta casa, tiene usted aquí una colección de bellísimos diablos..... No hablo en mal sentido—añadió Gandaria corrigiéndose, temeroso de haber ido demasiado lejos.—Usted es casado, y ha de observar, naturalmente, sus deberes de jefe de familia. Quiero decir que por esto mismo, si le gustara alguna además de la suya, tendría que.....

—En ese punto va usted descaminado—dijo

Pío Cid riendo.—Mi combustibilidad amorosa es sólo espiritual, y no hay peligro de que yo, á estas alturas, me enamore. Las primitas son para mí más bien hermanas ó hijas.....

—Usted lo cree así—interrumpió Gandaria; —pero ¿y si usted mismo se equivoca? No digo yo que sea usted un amante desdeñado, ni mucho menos; al contrario, ¿quién sabe si es usted correspondido con exceso? Sólo que usted es un hombre de honor, que sabe respetar á las mujeres, y por respetarlas, quizás sufra tanto como si recibiera crueles desdenes. En fin, yo soy un torpe, un majadero, que no debía meterme en lo que no me incumbe; perdone usted mi indiscreción.

—No es indiscreción—dijo Pío Cid—hablar con franqueza, cuando yo mismo le he dado el ejemplo. A veces una observación oportuna nos da á conocer nuestros propios sentimientos, y bien pudiera usted ponerme sobre aviso contra mí propio diciéndome qué ha notado en mí que le autorice para pensar como piensa, puesto que yo tengo ahora la primera noticia.....

—No es nada, es una tontería de mi parte... —dijo Gandaria;—había creído notar en usted cierta sospechosa predilección por Candelita.....

—Es verdad—asintió Pío Cid;—pero.....

Se oyó un grito agudo, y al mismo tiempo un golpe como de un cuerpo que cae desplomado. Pío Cid y Gandaria se levantaron llenos

de sobresalto y miraron hacia la puerta clavada que había detrás del sofá, y que en otro tiempo debió servir para comunicar la sala con la habitación de al lado, que era dormitorio y despacho de Pío Cid. Este pensó sin vacilación lo que había ocurrido: que Martina había estado escuchando y había oído la revelación de Gandaria, que, aunque infundada, venía á corroborar las sospechas que ella abrigaba, puesto que más de una vez se había lamentado con su marido, insinuando vagamente los celos que de su prima tenía. Pío Cid acudió prestamente á socorrer á Martina, á la que, al abrir la puerta de su cuarto, vió tendida, cuan larga era, sobre el desnudo pavimento. Gandaria, que había seguido detrás miraba con ojos espantados; y no sabiendo qué hacer ni qué decir, se despidió atropelladamente luego que Pío Cid, cogiendo en brazos á Martina y sentándola en una silla apoyada contra la mesa de escribir, dijo con tono muy tranquilo:

—Esto no es nada. Pronto pasará.....

Después que Gandaria se marchó, Pío Cid cerró por dentro la puerta, tendió á Martina sobre la cama, le roció el rostro con agua, y se puso á pasear, esperando que pasase aquel ligero desmayo, sin necesidad de mover en la casa un levantamiento. No tardó mucho en volver en sí Martina, que, más que desvanecimiento, lo que sufría era un ataque de furor reconcentrado por el silencio que se vería

obligada á guardar, no obstante los motivos de queja que tenía ó creía tener desde que Pío Cid entró en la casa; y aprovechando la oportunidad de su desmayo para desahogarse, se incorporó en el lecho y se alisó los enmarañados cabellos, mientras pensaba el modo de iniciar el combate. Como mujer que éra, y mujer muy femenina, su rencor no iba contra Pío Cid, que ella creía verdaderamente culpable, sino contra Candelita, que, aunque fuera inocente, había cometido el delito de agrandar y de ser amada, el mayor que á los ojos de una mujer enamorada puede cometer otra mujer. Sin embargo, no acertó á decir nada contra su prima, y hallando más á mano á Gandaría, enristró con él y comenzó con el siguiente *ex abrupto*:

—¿Se ha ido ya ese gomoso? Bien sabe Dios que tengo atravesado al tipo ese y á toda su familia. No sé á qué vienen esas conferencias ni esos tapujos; parece que vais á descubrir un nuevo mundo..... Lo que descubra el idiota ese..... Bien podía untarse algo para echar barba, y no que parece un chivo afeitado. Venir á sacar á las personas de sus casillas para..... yo no sé para qué..... Es decir, lo sé de sobra—añadió echando los pies hacia el borde de la cama como si fuera á apearse.— Sé que hoy las mujeres no tienen vergüenza, y que en cuanto ven á un hombre no guardan respetos á nadie; de seguro que te han echado el ojo para la hermana del necio ese. La jo-

ven parece una espátula; pero hay dinero y aparato..... Te haces el distraído; no me contestas—prosiguió con calma fingida.—¿Qué me has de contestar, si llevo la razón? Tú eres el que no quiere nada y el que no pretende nada, y en cuanto has visto dos dedos de luz, allá vas ciego á encaramarte ó á que te encaramen, aunque tengas que perder hasta la dignidad..... Todos sois lo mismo, hipócritas, esto es lo que sois los hombres..... Y querer engañarme á mí como á una criatura recién nacida..... «Voy á casa de esos amigos (imitando la voz de Pío Cid), á hablar un poco en inglés.....» Así se les secara la lengua á todos los embusteros..... De fijo que ya sabrán que yo no soy tu mujer..... Esas cosas se saben en seguida, y si no lo sabían, lo habrás dicho tú..... ¿Porqué, si no, te invitan á ti, y los demás somos un cero á la izquierda? Es que un hombre es siempre un ser privilegiado que es bien recibido en todas partes, aunque sea un canalla, mientras que á las mujeres no se nos perdona la falta más mínima. Tú eres más cuco que pareces: cucó no, egoísta es lo que eres, y por eso todo lo arreglas á tu conveniencia. ¿Qué tengamos con que no quieras nada tuyo, con que lo des todo, si esto lo haces por no molestarte? ¡Eso no tiene gracia! Y además, yo quisiera verte en ciertos lugares..... Al fin y al cabo, tú no has sido nunca nada, y si llegara la ocasión de que fueras algo, veríamos..... No veríamos, hemos visto

ya—exclamó con nuevo furor.—Si apenas ha hablado cuatro palabras con una medio señorita, ya le hemos tenido haciéndose cruces ó poco menos..... Y todo porque la joven se da la importancia de una aristócrata....., como si yo no fuera más noble que todos los nobles de España juntos, como consta en los papeles que algún día te meteré por los ojos para que los veas bien. ¡Venirme con flato aristocrático á mí, que á orgullo no me gana nadie cuando quiero tenerlo! Y el día que vimos á la carilacia esa, de amazona, que nos la enseñaste como si no supiéramos lo que es tener caballos..... Pues si hubieras tú visto el potrero de mi abuela, cuando teníamos el ingenio, te asustas. En el fondo, lo que tú tienes es ignorancia por no haber salido nunca de tus cuatro paredes; así es que todo te sorprende, y aunque quieras aparentar gran conocimiento del mundo, eres un babeiaca. Hombre, para lo único que tienes talento es para engañar y para manejar las personas á tu gusto. No sé cómo te las compones, que siempre te sales con la tuya; sin embargo (con tono amenazador) tú no conoces aún á Martina de Gomara; ¿qué me has de conocer? Tú has creído que yo soy una muñeca, con la que se puede jugar.....; pero eso ha sido porque yo me he hecho la tonta, por no meter la guerra en la casa. ¡No creas que la cosa va á durar, no! ¿Para qué sirve sacrificarse? Para que todo el mundo abuse cada día más. Yo he callado hasta

hoy, pero ya esto acabó, vaya si acabó. No te hagas el distraído, ni pasees más, que me mareas; atiéndeme y contéstame, que no soy ningún perro, y dime si tú crees seriamente que esto va á seguir así.

—Esto, ¿qué es?—preguntó Pío Cid sin alterarse.

—Esto es esto—pronunció Martina con violencia,—de sobra lo sabes. Yo no vivo más así. Yo no tengo necesidad de que nadie me señale con el dedo. Vamos á ver, ¿son mis primas de mejor condición que yo?..... Pues entonces, ¿porqué te parece muy bien que Paca se case y que yo sola sea la que haga el Cristo? Si eres tan enemigo del matrimonio, cuando Pablito ha hablado de casarse has debido de decirle que las ceremonias no sirven más que para perder el tiempo y gastar dinero; pero no, señor; no sólo no has dicho eso, sino que yo estoy convencida de que si Pablito no se casara le pondrías en lo ancho de la calle. Aquí tú sólo tienes el privilegio de divertirte con la sociedad.....

—Pablito—interrumpió Pío Cid—es un buen muchacho, pero no sabe dónde está de pies, y hay que casarle dos ó tres veces, si es posible, para que se entere de que es casado y para que sepa, viendo lo que hacen otros matrimonios, lo que él ha de hacer. ¿Qué culpa tengo yo de que la mayor parte de los hombres sean como las mercancías que van de un punto á otro, que para que lleguen á su destino hay

que pegarles una etiqueta? Yo, malo ó bueno, me tengo por hombre, y no tolero que me facture nadie. Tú eres mi mujer, ya te lo he dicho, y no hay que repetirlo más. Si la sociedad se incomoda, con no hacerle caso estamos listos.

—¡Bien!—prosiguió Martina;—pero aunque yo no le dé importancia á la sociedad porque la desprecio, dime: ¿qué salgo ganando con vivir como vivo? Yo soy aquí una de tantas; ni más ni menos que mis primas. Yo he oído siempre decir que el casado casa quiere, y puesto que tú me consideras como tu mujer, quiero ser dueña de mi casa y no estar á las órdenes de nadie. Aquí las amas son la mamá y la tía, ó, mejor dicho, el ama es mi tía, porque mi madre es una mujer sin disposición. Yo no soy nadie, ni dispongo de nada; estoy aquí como estaba antes de conocerte, quizás peor; ¿crees tú, repito, que esto va á continuar?

—Sí lo creo—afirmó rotundamente Pío Cid.

—¿Lo crees?—gritó Martina, saltando al suelo como si le hubieran tocado á un resorte.

—Sí—repitió Pío Cid con sequedad.

—¡Hola, amiguito; parece que tocan donde duele!—exclamó Martina poniéndose delante de Pío Cid.—Ya sé que yo para ti soy poco, casi nada. Y no me importa, porque tú para mí eres menos que un guínapo. ¿Quién te va á querer á ti, cuando no sabes siquiera lo que es una mujer, ni las consideraciones que de-

ben guardársele? Me has visto tirada en el suelo y me has recogido como se recoge un vestido que se cae, y no se te ha ocurrido darme nada..... Quizás deseabas que me muriera de una vez..... No sabes tratar á una mujer delicada, no sabes. Otro hombre, conociendo el estado en que me encuentro, se hubiera enternecido....., pero tú no me quieres á mí, ni quieres á nadie, y, si por desgracia, tienes un hijo, no le querrás tampoco, porque no tienes corazón..... ¡Ah! Ya te lo decía yo la primera noche que te conocí: ¡antes me hubiera muerto mil veces! Ya te lo decía: tú tienes algo bueno; pero mucho, muchísimo malo, un alma cruel como la de una pantera..... Eres un lobo disfrazado de cordero..... ¡Qué desgracia la mía!—añadió, sentándose en una silla y echándose á llorar.

—Si yo te tratara con blandura—dijo Pío Cid—á las veinticuatro horas habrías echado de la casa hasta á tu madre, y á las cuarenta y ocho me habrías pegado á mí. Y lo de que me pegaras es lo que menos me importa.

—¡Querrás decir—gritó Martina levantándose—que yo soy aquí la mala!

—Eres más egoísta que yo—contestó Pío Cid,—porque tú no entiendes el amor sin el exclusivismo, y te interesaría más hacer ver que eres el ama de la casa que conservar el afecto de tu familia.

—Y ¿qué te importa á ti mi familia?—preguntó Martina, reanudando la catilinaria.—

Tú te has casado conmigo sola, y yo quiero ser sola, como lo son todas las mujeres que se casan. Si tú tienes otras ideas, podías irte á la Morería, y allí vivir á tus anchas con cuatro ó con cuarenta mujeres; pero aquí estamos en España, y yo no tolero que me engañes.

—¿Qué te importa si no me quieres?—interrumpió Pío Cid.

—No es por amor ni por celos por lo que te lo digo—contestó Martina,—es por orgullo. Es porque me considero demasiado grande para que un tipo como tú me ponga la ceniza en la frente. ¡Por amor iba á ser!—añadió con tono compasivo.—¡Pobre infelice! A puntapiés tendría yo, si quisiera, hombres que valen más que tú. Tú eres un Don Nadie, lleno de pretensiones; y si se te puede mirar ahora á la cara, es porque yo me he tomado la molestia de ponerte decente..... ¡Cuando pienso—rugió de repente, amenazando á Pío Cid—que algunas veces hasta te he cortado el pelo y te he arreglado la barba, para que luego fueras á presumir por ahí con otras que no son dignas ni de lavar la ropa que yo ensucio! Para eso sirvo yo, para criada tuya, como si tú fueras alguien. Así te has crecido tanto, que hasta te consideras con derecho á burlarte de mí, sin siquiera darme explicaciones cuando te hablo. ¡Si supieras el odio que me estás metiendo en el alma, quizás no te reirías, porque ahora mismo me están dando ideas de clavarte un cuchillo en el corazón!

—¿No dices que no tengo corazón?—preguntó Pío Cid sonriendo.

—¡No le tienes, no!—gritó Martina.

—Si así fuera—continuó Pío Cid,—me daría por muy contento, porque el corazón es un estorbo en la vida. Tú tienes un gran corazón y amas con el corazón y eres una calamidad, y lo serías mucho mayor si te dieran rienda suelta. Yo debo también tener corazón á juzgar por los muchos disparates que he cometido y cometo. Y si á pesar de todos los pesares nos entendemos nosotros dos, es por el corazón, porque nuestras ideas son casi opuestas. Yo te juro solemnemente que cuando me has insultado he permanecido en silencio, no por indiferencia, sino por escuchar tus insultos, que los sabes decir con mucha gracia y expresión. Ofenderme no me ofenden, porque lo dices sin motivo. Tus celos.....

—Yo no tengo celos—interrumpió Martina;—¿qué más quisieras tú!

—Bueno; tu amor propio, ó lo que sea—prosiguió Pío Cid,—anda viendo visiones. Yo soy muy franco, y si algún día te engañara te lo diría, precisamente para que no hubiera engaño, porque á mí no me gusta engañar á nadie. Vive, pues, tranquila y no des importancia á las necedades que á cualquiera se le ocurra decir.

—No son necedades—dijo Martina en tono más tranquilo.—Yo he oído muy bien que tú has dicho: Es verdad.

—Y ¿á qué he contestado yo: Es verdad?—preguntó Pío Cid.

—Á lo que te decía ese joven, de que tú tenías relaciones con.....

—No inventes lo que no has oído—rectificó Pío Cid con tono ofendido.—Ese muchacho ha dicho que si yo tenía ó no tenía predilección por Candelita, y yo habré contestado lo que es la verdad, que se la tengo por su talento. Mira tú, quizás quiera más á Paca; á Candelita la atiendo más porque me interesa que estudie y que adelante.

—Pero cuando los extraños lo notan.....—insistió Martina.

—Los extraños, como tú, no distinguen entre el afecto puro y desinteresado y el que oculta malas intenciones. No ven más que por fuera. Tú sabes que no llevas razón, y si tus quejas fueran sólo porque yo me preocupé por el porvenir de Candelita, demostrarías ser envidiosa, y la envidia es un sentimiento que me dolería mucho ver en ti.

—Yo no tengo para qué envidiar á nadie—replicó vivamente Martina;—y si yo quisiera, podría saber tanto como ella; sólo que no he tenido nunca paciencia para estudiar. Y luego, que las mujeres lo que deben hacer es casarse y tener hijos muy bonitos; lo demás son tonterías.

—Comienzas á hablar como un oráculo—dijo Pío Cid, cogiendo una mano de Martina y estrechándosela con cariño.—Tú eres buena,

aunque tu carácter es un poco violento. Si quieres darme gusto, no hablemos más de lo que hasta aquí hemos hablado. Quiriendo ó sin querer, pronto voy á emprender ese viaje; á la vuelta veremos el partido que hay que tomar.

—Nada que venga de esa familia—dijo Martina mirando á Pío Cid con mejores ojos—me satisface á mí. No sé porqué, creo que la amistad que te demuestran es falsa; quizá el tiempo te abrirá los ojos. ¡Éramos tan felices cuando no venía nadie y tú no salías más que para ir á la oficina! Esas entradas y salidas de ahora, esos visiteos y convites, no me agradan. Si tú te guiaras por mí, puesto que tienes esos trabajos, que dices que te durarán más de dos años, debías dejar las lecciones y dejarte de política, y ni siquiera escribir para el periódico, ó por lo menos no tratarte con los periodistas, que son gente que me es poco simpática.....

—Te advierto—dijo Pío Cid—que estamos encerrados no sé cuánto tiempo. Yo no sé cómo no nos han llamado ya. Quizá porque han oído tus gritos y no han querido meterse por medio. ¿Qué vas á decir si preguntan?

—¿Yo?—preguntó á su vez Martina con cierta coquetería.

—Di.....—le contestó Pío Cid, acabando de arreglarle el cabello y pasándole la mano por la cara, en la que aún quedaban huellas del lloriqueo reciente,—di que te has incomodado

conmigo, porque no estás conforme con mi viaje.

—Y ¡no estoy conforme, no, señor!—chilló Martina, alzando el gallo de nuevo.

—No empecemos otra vez—dijo Pío Cid dirigiéndose á la puerta y desechando la llave, mientras Martina le preguntaba con interés:

—Oye, cuando entraste á levantarme, ¿venías solo?

—No, que vino detrás Adolfito; pero se fué en seguida, sin decir bueno ni malo.

—Y ¿cómo estaba mi vestido? ¿Se me habrá visto algo?—preguntó Martina, subiéndosele los colores á la cara.

—No te se veían más que las puntas de las zapatillas. Tienes talento hasta para desmayarte, y si te dedicaras al teatro serías una gran actriz—dijo Pío Cid saliendo de la habitación.

Martina le siguió, y ambos entraron en la sala, sin que D.^a Justa y las primitas, que allí estaban, hicieran ninguna pregunta, aunque en el aire se les conocía que habían oído algo y que no se daban cuenta exacta del motivo que hubiera para la gritería de Martina. «No será cosa mayor, pensarían, cuando tan pronto ha pasado la borrasca.»

Entretanto el atortolado Gandaria sufría una terrible congoja, la mayor quizás que había pasado en su vida. Salió de casa de Pío Cid disparado y como loco, con el corazón oprimido, que parecía que se lo apretaba una

mano muy fuerte. No acertaba á pensar, aunque concentraba la atención para recuperar la conciencia de sí mismo; ni siquiera veía por dónde andaba, aunque no andaba, sino que corría sin tropezar con nada ni con nadie. Sin saber cómo se halló en Recoletos, cerca de la estatua de Colón, y allí se detuvo sin saber si debía seguir hacia su casa, que estaba en la calle de Génova, ó si volver atrás y meterse en algún sitio donde hubiera mucha gente para aturdirse un poco. Lo primero que se le vino claramente al pensamiento fué la última estrofa de *El cazador herido*, y lo que más le extrañaba era que aquellos versos que él había escrito sin emocionarse, ahora le daban escalofríos y aun le parecían poco fuertes para expresar el dolor amarguísimo que le traspasaba de parte á parte como un finísimo florete:

..... aunque no se ve mi herida,
traigo la muerte en el pecho.

—No es que traiga la muerte—pensaba,—es que estoy muerto ya, porque parece que me han despegado la cabeza de los hombros y que yo no soy yo, sino un autómeta.

Y en aquel instante, por una inconsecuencia muy propia de un poeta, que es lo que él comenzaba á ser sinceramente, se le ocurrió dar forma á su nuevo dolor en unos tercetos que comenzó á componer á la ventura:

¡Aún resuena en mi alma el grito agudo
que ella lanzó cayendo desplomada;
y aún veo de su rostro el dolor mudo.....

Mientras recitaba estos versos sin hablar, pero con involuntarias gesticulaciones, llegaba á la calle de Génova, buscando inconscientemente un refugio donde ocultarse. Como ballena que al sentir el arpón en el cuerpo se sumerge en el mar, hasta que muerta sale flotando á la superficie, así el pobre Gandaria, herido por el arpón poético que Pío Cid tan diestramente le había clavado, iba á esconderse en su casa para arrancarse aquel sentimiento nuevo en su vida: el deseo de dar forma á un pesar tan hondo como el que sentía. No le bastaba sufrir, tenía que exteriorizar el sufrimiento de una manera artística y muy plástica, porque así le parecía que lo tenía delante de los ojos y que no sufría tanto como teniéndolo escondido dentro del pecho. Y era tal su impaciencia, que por la calle seguía componiendo y recitando en voz baja, y que después de repetir varias veces el primer terceto, pasó al segundo:

La vi en el frío suelo desmayada,
y no pude en mis brazos darle aliento,
ni dar luz, con mi amor, á su mirada.....,

Y después de repetirlo y de una breve pausa en busca de los consonantes, que parecían sordos al llamamiento del acongojado vate, prosiguió:

De amor y de dolor fué su lamento;
pero no fué por mí, aunque yo la adoro....

—Esto no puede ser—se interrumpió;—si yo escribiera esto, me tirarían patatas á la cabeza. ¿Qué tengo yo que ver en esta escena? Ella ama á su marido, y aunque éste la engañe, ella le seguirá amando, y hasta se matará por él antes que mirarme á mí á la cara. Mi situación es ridícula, sí, señor. Pío Cid es el hombre más listo que existe en el globo terráqueo, y cuando él me dijo que estos amores sin esperanza están á dos pasos de hacer reir, me lo dijo con sobrada razón. Y gracias que él no sabe la verdad completa.....

—Caballero—dijo un criado de librea que estaba á la puerta de la casa donde entraba Gandaria,—¿adónde va usted? La señora ha salido.....

—¡Ah!—exclamó Gandaria con un movimiento de cabeza que indicaba que se había distraído pensando en negocios graves.

Y sin decir más salió de allí murmurando:

—¿Qué tal? Que yo dijera en mis versos que salí tan loco de su casa que en lugar de meterme en la mía me metí en la de mi vecina la Duquesa de Almadura..... Las carcajadas se oirían en el séptimo cielo..... ¡Oh! ¡Malditos sentimientos, que, aunque nos estén destrozando el alma, hacen reir tan fácilmente! Yo casi me iba también á echar á reir, y sin em-

bargo, sufro como un condenado..... Como que poco me falta para llorar.....

A los pocos pasos llegó á la puerta de su casa y, después de fijarse bien, cruzó la entrada, ligero como una liebre fugitiva, y comenzó á subir las escaleras de tres en tres, en tercetos; como su poesía.

FIN DEL TOMO PRIMERO

